

NIXON, EN CHINA

PARECE que estamos en una época de grandes sucesos «históricos».

La entrada de Gran Bretaña y su grupo en el Mercado Común, los pactos de Alemania Federal con la URSS y los países comunistas fronterizos, la devaluación del dólar y, ahora, el viaje de Richard Nixon a China, son considerados continuamente por los comentaristas como acontecimientos históricos. En realidad, lo que hacen es corregir errores históricos de los muchos cometidos en el último cuarto de siglo. Europa no tenía que haber cedido en su unidad, Alemania Federal no debía haberse convertido nunca en Estado-muralla, el dólar no debía haber sido sinónimo del oro y China debía haber sido reconocida, y no aislada, desde su establecimiento como República Popular. Todo un vasto movimiento antihistórico se produjo al terminar la segunda guerra mundial y ello como consecuencia de un primer error fundamental: la creencia de los Estados Unidos —Truman, luego Eisenhower— de que su poderío les permitía dirigir absolutamente los asuntos mundiales y de que su bomba atómica era, al fin, el monopolio del arma absoluta. La tienen hoy, en mayor o menor escala, en mayor o menor cantidad, cinco países del mundo y, física, moralmente, el mundo se configura en torno a ellos. El lento restablecimiento de lo que podemos llamar un poco enfáticamente el orden mundial —es decir, la admisión política de las líneas de fuerza reales establecidas por la guerra y la posguerra— es una rectificación de errores. El mundo tiene numerosos motivos para lamentar que estos sucesos no se hayan producido antes; las generaciones actuales, su malestar, su incomodidad, su falta de postura adecuada en el mundo, son las víctimas de la antihistoricidad y las alucinaciones de los políticos occidentales de la posguerra.

NO todo el mundo está satisfecho, sin embargo, con estas rectificaciones. La larga posguerra conocida con el nombre de guerra fría situó el poder en manos de los grupos antihistóricos, les dio una especial mentalidad guerrera, desconfianza, militante. El cambio de la política les sorprende, no entienden nada, intentan actuar como si no estuviera pa-

sando nada. Tienen fuerza y pueden, efectivamente, deshacer estas rectificaciones de errores. «No se da ningún paso en las relaciones internacionales sin realizar algunos dolorosos reajustes y sin costes potenciales. Desde luego, se mantiene la tendencia a enfocar los riesgos que pueden derivarse del alejamiento de los patrones que nos son familiares, perdiendo de vista sus posibles beneficios. Es precisamente esta tendencia la que impide que se tomen iniciativas mayores y perpetúa las políticas establecidas que sostienen el «estatu quo». Conviene leer bien esta frase que es una lección de política: la ha pronunciado Richard Nixon al abandonar los Estados Unidos. Es interesante recordar que el propio Nixon fue uno de los mas fuertes elementos del movimiento antihistórico en los Estados Unidos, unas veces desde el poder, otras desde la oposición, que fue personaje principalísimo de la guerra fría y de la política de fuerza por encima de la política de negociación. Teniendo en cuenta estos serios datos, puede pensarse que la frase es autobiográfica: que él mismo ha debido proceder a los dolorosos reajustes, que ha tenido que apartarse con terror de los esquemas que le eran familiares, para entrar en el mundo desconocido de las iniciativas, las suyas y las ajenas. Y que, por lo tanto, está suficientemente capacitado para hablar así a los políticos del regreso, del salto atrás, del inmovilismo. Casi simultáneamente, el almirante Thomas H. Moorer, cuyo cargo trascendental es el de presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, hablaba en el Congreso para solicitar dinero presupuestario con el que mantener la fuerza atómica de los Estados Unidos y explicaba cómo, al margen del posible desarrollo de las relaciones de Estados Unidos con China, era preciso mantener la suficiente fuerza para enfrentarse «con China y con la URSS, simultáneamente». Incluso si nos vemos envueltos en una guerra nuclear con una sola de estas naciones, debemos mantener suficiente fuerza estratégica para contrarrestar, simultáneamente, un ataque de la otra». Parece una medida prudente, y sin duda es la misma que están adoptando las otras dos naciones del triángulo, a pesar de las negociaciones emprendidas: pensar en el ataque de las otras, unidas o separadas. Pero esta prudencia probablemente ya no existiría, no tendría por qué existir, si el edificio que modestamente se inicia ahora —con una fuerza mucho menos histórica de lo que parece— se hubiera iniciado hace un cuarto de siglo. Es decir, puede considerarse como un remanente antihistórico. Los patrones familiares de la guerra fría no se han disuelto. Las fuerzas que dificultan la iniciativa no han terminado. En ningún país.



Con Chu En-lai
en Pekín;
preludio
de la entrevista
con Mao.

CONVIENE señalar, sin embargo, que el esfuerzo mayor para ajustarse a la realidad corresponde a los Estados Unidos. La coexistencia está inscrita en la política de la Unión Soviética desde poco tiempo después de la instauración del bolchevismo, desde la idea staliniana del «comunismo de un solo país», que era ya una transigencia con los primeros impulsos internacionalistas y de expansión revolucionaria, y la República Popular China no ha cesado de buscar la relación con los Estados Unidos. «No hay ni debe haber ningún desconocimiento, conflicto o falsas interpretaciones entre el pueblo chino y Norteamérica»: esta frase de Mao es de 1944. Toda la actuación china en la conferencia de Bandung —jefe de la delegación, Chu-en-Lai— pretendía el ingreso en las Naciones Unidas y el reconocimiento de los Estados Unidos.

EN este sentido podría decirse —y es el gran argumento de los antihistóricos— que los viajes «históricos» a Pekín y a Moscú son triunfos de los dos países comunistas, cuyo principal objetivo político ha sido siempre la rotura del bloqueo, la apertura al mundo, la entrada en sociedad. La respuesta actual es que para conseguirlo han tenido que hacer una serie de concesiones o una cantidad importante de renunciaciones, entre ellas la de su revolucionarismo. Cabe la duda de si su revolucionarismo —en carácter internacionalista— no habrá sido más que la llave para abrirse la puerta del bloqueo occidental... Para los inmovilistas, esta respuesta no lo es. Su respuesta es que «siguen siendo los mismos». El inmovilista tiende siempre a proyectar su inmovilismo sobre los demás, especialmente sobre el enemigo. No concibe que el mundo pueda cambiar si él mismo no cambia. La clave psicológica de la personalidad del inmovilista antihistórico es esta: «Si yo no cambio, nada cambia». Es una forma, naturalmente falsa, de enfrentarse con el envejecimiento, físico o ideológico, con la obligatoriedad de la muerte de actitudes, ideas, personas, circunstancias. Su lucha, su agonía, es un espectáculo que tiene todo el horror de la impotencia en el tiempo —la imposibilidad de domesticar el futuro— en contraste con un activismo inútil en un presente que cada vez se convierte más rápidamente en pasado. Porque si hace años o siglos la vida tenía un ritmo más bien lento, y el historicismo podía tener una cierta vigencia, en esta época la dinámica de la vida se acelera en proporciones geométricas y el que se quede quieto, se queda quieto solo y marginado, pero no detiene la vida. La crítica de Nixon antes citada lo expresa suficientemente.

LOS movimientos del Presidente de los Estados Unidos, aunque estén forzados por la historia, por el juego de corrientes irresistibles, son de una gran inteligencia política. El largo fracaso de la guerra fría en Europa no ha conseguido desmoronar la potencia soviética: lo inteligente parece ser llegar a un entendimiento. La guerra de Vietnam, luego de Indochina, conducían al cerco de China con la esperanza de convertirla en una república democrática al estilo de Chiang Kai-shek; el fracaso de esa guerra induce igualmente al entendimiento.

NO hay que ver, sin embargo, un cambio radical en un plazo breve, inmediato. Para Nixon, para su partido y para los políticos que le sostienen y son sostenidos por él, consiste principalmente en mantener una apariencia suficiente hasta las elecciones del mes de noviembre, a partir de las cuales hay cuatro años más de plazo para evitar precipitaciones. Pero el mismo hecho de que una política electoral fuerte a estas modificaciones de frente, a estas rectificaciones de errores históricos, es en sí importante: indica que la opinión pública ejerce una presión en ese sentido, que la dinámica de la vida va hoy —hasta nueva orden— en ese sentido. Y aun siendo conscientes de que en los regímenes democráticos de la opinión pública tiene hoy el menor peso que haya tenido nunca en la historia de la democracia, su índice sigue siendo significativo. Lo es, incluso, en regímenes no democráticos de hoy, donde para gobernar en contra de la mayoría hay que buscar la apariencia de que se gobierna a favor de ella mediante concesiones secundarias, costumbristas, ornamentales. Las corrientes de opinión hoy están en todo el mundo —en el comunista como en el occidental— en favor de la negociación y del entendimiento, en contra de la confrontación y cualquier forma de guerra o su alotropía.

A PENAS ha llegado, ahora, Nixon a Pekín. Debe celebrar allí las conversaciones con Chu-en-Lai; hacia el final de su visita, quizá el día 26, verá a Mao en la ciudad de Hangchow. Aunque probablemente el temario esencial del viaje esté ya decidido por las conversaciones previas de Kissinger y sus técnicos, aunque tal vez el comunicado final esté ya más o menos redactado, habrá que esperar algún tiempo antes de hacer algunas especulaciones sobre los resultados posibles y las consecuencias mundiales de este paso de rectificación histórica.

LA MUERTE DE EDGAR SNOW

Edgar Snow creyó en la posibilidad de que Estados Unidos y China se encontrasen alguna vez en el camino de la Historia. Trabajó para ello en el campo de su acción posible: el periodismo. Era un periodista que creía en la sinceridad y en la profundidad de su profesión, y en las páginas de TRIUNFO han quedado en alguna ocasión muestras de ello. No era comunista. Sin embargo, el camino de Pekín estuvo siempre abierto para él; Mao Se-tung y Chu En-lai le recibían con frecuencia y le hablaban con confianza. Sus nombres fueron conocidos por primera vez del gran público —especialmente en los Estados Unidos— cuando Edgar Snow publicó su libro «Red Star over China»: hace de ello treinta y cinco años, cuando todavía no existía la República Popular, cuando no sólo los Estados Unidos, sino tampoco la Unión Soviética de Stalin, creían en la posibilidad de un triunfo comunista. Snow explicaba ya entonces que ese triunfo sería inevitable y sería, también, inalterable, y que el interés del mundo occidental y concretamente de los Estados Unidos estaba en no tratar de aislar la nueva China que estaba surgiendo. A veces, Edgar Snow, con sus viajes y entrevistas, ha sido el único —tenue lazo— que ha unido a los dos países. La muerte ha ido a alcanzarle ahora, en la víspera del viaje de Nixon. Es irónicamente triste. La batalla de Edgar Snow le ha dado una victoria póstuma. Es la suerte de los precursores.

LA ABOLICION DE LA PENNA DE MUERTE EN CALIFORNIA

Dos asesinos célebres, Sirham Sirham —su víctima fue Robert Kennedy— y Charles Manson —el místico autor de la matanza de Sharron Tate y sus amigos—, se salvan de la silla eléctrica, entre un total de 104 condenados, por la decisión del Tribunal Supremo de California de abolir la pena de muerte. La han declarado anti-constitucional por seis votos contra uno: la Constitución de los Estados Unidos prohíbe los castigos «cruelos e inusitados» y la lógica del Supremo de California estima que la pena de muerte viola esa disposición constitucional y que, además, la pena de muerte es «incompatible con la dignidad del hombre y con el proceso judicial». Una parte de la victoria de los abolicionistas corresponde a un hombre que fue ejecutado en California, Caryl Chessman, que pasó largos años en espera de su ejecución y escribió sus impresiones, sus memorias, sus recuerdos (publicados en España con el título de «El chico era un asesino» en Dux, Ediciones y Publicaciones, Barcelona). La suerte de Caryl Chessman interesó al mundo entero, y reforzó la tesis de los abolicionistas en el Estado de California.

GOLPE EN ECUADOR

Esta vez, el pretexto del golpe de Estado sobrepasa los habituales cinismos: el presidente Velasco Ibarra ha sido derribado en el Ecuador precisamente porque no quería seguir siendo presidente. Buscamos otros motivos. Velasco Ibarra había conversado recientemente con Fidel Castro —en una etapa del vuelo de regreso del primer ministro cubano desde Chile a La Habana—; pretendía convocar elecciones generales para el mes de junio y en ellas podía aparecer una coalición izquierdista parecida al «Frente amplio» de Uruguay, con algunas posibilidades de triunfo, sobre todo si Velasco Ibarra respetaba la Constitución y no optaba a un nuevo mandato. El golpe militar deja sin efecto las elecciones y se proclama como dictadura. Era algo que se estaba viendo venir y que, desde luego, no habrá sorprendido a Velasco Ibarra, que tiene una cierta costumbre de esta clase de acontecimientos: es la cuarta vez que los militares le quitan el poder. Se presiente que los nuevos dictadores van a tomar un camino peruano; es decir, una potenciación del nacionalismo y del reformismo económico y social, pero sin libertades políticas y con represión de la oposición.

GANARON LOS MINEROS

El desafío al poder de los mineros británicos ha dado resultado: el gobierno conservador ha aceptado en su mayor parte las demandas salariales, concediendo unos aumentos de sueldo bastante aproximados a lo que había sido pedido. El gobierno conservador advierte que esta concesión pondrá en peligro la totalidad de la economía británica; los mineros responden que esa economía estaba ya destruida y que se trataba de restaurarla a costa de los trabajadores y en beneficio de las clases sociales altas. Los ferroviarios, los metalúrgicos, los obreros de la construcción, preparan ya sus huelgas para continuar la de los mineros, que a estas horas debe haber terminado ya. Parece que Mr. Heath deberá hacer una revisión completa de la economía británica y, desde luego, de sus intenciones de no pactar.